

El prelado, tras chasquear los dientes con disgusto, se abrió paso hasta donde yacía el cuerpo de Avendehut y lo que vio le dejó sobrecogido. El jefe de sus traductores estaba tendido boca arriba, con los ojos abiertos y una expresión crispada en el rostro; sus brazos y piernas componían un aspa rota y de sus sienes brotaba un riachuelo de sangre que se remansaba en un charco oscuro.

—No hemos querido tocarlo hasta que su reverencia lo viera —apuntó el prior.

Don Raimundo ordenó que cubrieran el cadáver con una capa, se arrodilló para rezar y todos lo imitaron. Al acabar, miró al lugar de la galería desde donde parecía haber caído el traductor: la puerta del scriptorium.

—¿Alguien puede decirme qué hacía Avendehut en el scriptorium a estas horas? —preguntó ceñudo.

—Reverencia —respondió el prior, deslizando una suave censura—, recordad que vos le autorizasteis a entrar y salir libremente para mayor comodidad de su trabajo. Tenía por costumbre terminar su jornada con las primeras luces del alba porque decía que la mejor energía se respira de completas a maitines.

Con semblante contrariado, el arzobispo subió la escalera que accedía a la galería, seguido del prior y de Hamid. Una vez arriba, se pararon ante el letrero que exhibía una inscripción con letras doradas: «SCRIPTORIUM». La puerta estaba abierta y dentro reinaba la más completa oscuridad. Don Raimundo ordenó al criado que entrase él primero con la linterna, y, cuando este volvió informando de que no había peligro, el arzobispo se decidió a pasar. Inspeccionó en primer lugar los armarios de los libros, comprobando que los códices se hallaban intactos. Luego se encaminó, sorteando las mesas de los copistas, al fondo de la sala, donde una cortina de cuero daba acceso al estudio común de Juan Avendehut y el jefe del scriptorium, Domingo Gundisalvo. Sobre la mesa del judío se veían libros y pergaminos revueltos, y una pluma entintada se hallaba caída en el suelo.

—¿Qué creéis que ha pasado, hermano Gerard? —preguntó don Raimundo al prior.

—¡Dios lo sabe! —contestó este, componiendo un gesto de impotencia.

Una y otra vez, Gerard de Bordeaux no dejaba de decepcionarle. Años atrás, don Raimundo le confió el gobierno de la catedral sin considerar otros merecimientos que su vieja camaradería, y el resultado era, por su falta de carácter, un cabildo levantisco y una catedral desgobernada. Para todo cuanto sucedía, el prior no tenía más explicación que un estúpido encogimiento de hombros.

—Si me preguntaseis a mí —intervino Hamid—, os diría que el judío no ha podido caer por accidente.

—¿Por qué dices eso?

—Fijaos en la balaustrada. Es demasiado alta para que alguien de corta estatura como Avendehut pudiera rebasarla accidentalmente. Y además, el desorden del escritorio apunta a que ha podido haber un forcejeo.

—¿Insinúas que puede haber sido asesinado?

—¿Qué otra explicación cabe?, ¿acaso que saltó por propia voluntad?

El arzobispo se quedó pensativo. Ninguna de las alternativas resultaba aceptable para el buen nombre de la catedral: un suicidio era aborrecible pero un asesinato era aún peor. En ese instante se escuchó un chasquido de madera al fondo de la sala. Los tres volvieron la vista pero no distinguieron a nadie en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí?!... —gritó el prior, sobresaltado.

Saliendo de las sombras, se acercó hacia ellos una figura imprecisa que la luz de la linterna reveló como el arcediano Domingo Gundisalvo.

—He venido en cuanto me han avisado de la muerte de Avendehut —dijo con voz afectada—, ¡Dios tenga piedad de su alma! Todavía me cuesta creer que haya muerto. Hace apenas unas horas trabajábamos como cada día, desde hacía años, en este mismo estudio.

El arcediano mozárabe Domingo Gundisalvo, de gran estatura y rostro adusto, era el temible rector del scriptorium, donde imponía su autoridad con implacable despotismo. Su cargo le eximía de per-